

EL MISTERIOSO CASO DE STYLES

Agatha Christie

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-16564-22-4

© 2020 Paradimage Soluciones

INDICE

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL	4
Capítulo 1. Llegada a Styles	6
Capítulo 3. La Noche De La Tragedia	33
Capítulo 4. Poirot Investiga	43
Capítulo 5. No Fue Con Estricnina, ¿Verdad?	70
Capítulo 7. Poirot Paga Sus Deudas.....	121
Capítulo 8. Nuevas Sospechas	135
Capítulo 9. El Doctor Bauerstein.....	156
Capítulo 10. El Arresto	174
Capítulo 11. La Causa Criminal	195
Capítulo 12. El Último Eslabón	218
Capítulo 13. Poirot Se Explica	230
Guía Del Lector	246

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL

Agatha Christie es el seudónimo de Agatha Mary Clarissa Miller, nacida en Torquay, el 15 de septiembre de 1890 y que nos dejó en Wallingford, el 12 de enero de 1976. Fue una escritora y dramaturga británica, considerada la maestra del género policíaco. Escribió numerosas novelas sobre su principal personaje, Hercules Poirot, que han sido llevadas al cine repetidamente. **Diez negritos** es su obra más vendida y **Asesinato en el Orient Express** la que más veces se ha llevado al cine. También escribió sobre otros personajes, como Miss Marple, una investigadora muy diferente del célebre detective belga que nos fue presentado, por primera vez, en esta novela.

Además de novelas, Agatha Christie escribió también teatro. Su célebre obra **La ratonera** se ha mantenido décadas en cartel en Londres y en otras ciudades, y **Testigo de cargo** fue también un éxito, llevado magistralmente al cine con Marlene Dietrich en el papel principal. La petición que se hace al final de la película de “rogamos no revelen a sus amigos el final de Testigo de Cargo” da buena cuenta de las tramas complejas y los innumerables giros de sus historias.

El Misterioso Caso de Styles es la primera novela de Hercules Poirot, de 1924, y presenta ya todas las características de las novelas de la escritora: tramas complejas, personajes con personalidades muy cuidadas, y la deliciosa satisfacción de comprobar cómo todo cierra, al final, con precisión milimétrica. La novela policiaca, como la concibe Agatha Christie, es un lugar ordenado en el que la justicia siempre triunfa. Todo un placer para los ojos, y para la mente.

Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en
www.paradimage.es

EL MISTERIOSO CASO DE STYLES

CAPÍTULO 1.

LLEGADA A STYLES

El intenso interés que despertó en el público lo que fue conocido en su tiempo como «El caso de Styles» se ha apagado algo. Sin embargo, en vista de la resonancia mundial que tuvo, mi amigo Poirot y la propia familia me han pedido que escriba un relato de todo lo ocurrido. De este modo confiamos en acallar los escandalosos rumores que aún persisten. Expondré brevemente las circunstancias que me llevaron a relacionarme con el asunto.

Desde el frente me habían enviado a Inglaterra, por inválido, y después de unos meses en una deprimente casa de convalecencia me concedieron un mes de baja por enfermedad. Yo no tenía parientes próximos ni amigos, y no había decidido que hacer cuando me encontré con John Cavendish. Le había visto muy poco en los últimos años. En realidad, nunca le había conocido muy a fondo. Me llevaba sus buenos quince años, aunque no representaba los cuarenta y cinco que tenía entonces. Sin embargo, cuando era niño me habían invitado a pasar temporadas en Styles, la residencia de su madre en Essex.

Después de charlar largo y tendido sobre aquellos años, me invitó a pasar mi tiempo de permiso en Styles.

—A mamá le encantará volverte a ver, después de tantos años —añadió.

—¿Qué tal está tu madre? —pregunté.

—Muy bien. ¿No sabes que se ha vuelto a casar?

Creo que no pude disimular mi sorpresa. La señora Cavendish se había casado con el padre de John, viudo con dos hijos, y era en mis recuerdos una hermosa señora de mediana edad. Debía de tener ya setenta años, por lo menos. La recordaba con una personalidad enérgica y autócrata, amiga de figurar en acontecimientos sociales y benéficos y con cierta debilidad por organizar tómbolas de caridad e interpretar el papel de Hada Buena. Era una señora extraordinariamente generosa y poseía una cuantiosa fortuna personal.

Su residencia de campo, Styles Court, había sido comprada por el señor Cavendish en los primeros tiempos de su matrimonio. El señor Cavendish había estado en todo tiempo dominado por su mujer, hasta el extremo de que, al morir, le dejó la finca en usufructo, así como la mayor parte de su renta, decisión a todas luces injusta respecto a sus dos hijos. La madrastra de éstos, sin embargo, había sido muy generosa con ellos, y eran tan jóvenes cuando su padre volvió a casarse, que siempre la habían considerado como su propia madre.

Lawrence, el más joven, era un muchacho delicado. Había estudiado la carrera de Medicina, pero pronto abandonó la profesión y vivió en la casa materna, entregado a trabajos literarios, aunque sus versos no habían alcanzado gran éxito.

John había practicado algún tiempo como abogado, pero más tarde se había retirado a la vida de campo, para la que se sentía mejor dispuesto. Se había casado dos años antes y vivía con su mujer en Styles, aunque me pareció que hubiera preferido que su madre le aumentara la pensión y tener un hogar propio. Pero a la señora Cavendish le gustaba hacer sus planes e imponerlos, y en este caso tenía la sartén por el mango, es decir, los cordones de la bolsa.

John se dio cuenta de mi sorpresa ante la noticia del nuevo matrimonio de su madre y sonrió tristemente.

—¡Es un condenado patán! —tronó furioso—. Te aseguro, Hastings, que está haciéndonos la vida imposible. En cuanto a Evie, ¿te acuerdas de Evie?

—No.

—No habría venido todavía en los tiempos en que tú frecuentabas nuestra casa. Es la compañera de mi madre, su factótum, su correveidile. Buena persona, aunque no precisamente joven y guapa.

—Ya. Estabas diciendo...

—¡Ah, sí! el individuo ese. Se presentó en casa por las buenas, con el pretexto de ser primo segundo o algo por el estilo de Evie, aunque ella no parece muy dispuesta a reconocer su parentesco. Salta a la vista que el tipo es un advenedizo. Lleva una gran barba negra y unas botas de cuero, haga el tiempo que haga. Pero mamá se aficionó a él enseguida y le tomó como secretario. Ya sabes que siempre ha dirigido un centenar de sociedades.

Yo asentí.

—Naturalmente, con la guerra, esas cien sociedades se han convertido en mil. Hay que reconocer que el tal sujeto le ha resultado muy útil. Pero excuso decirte cómo nos quedamos cuando, hace tres meses, nos anunció mamá de pronto que ella y Alfred se habían comprometido. Si nos pinchan no sangramos. Él es por lo menos veinte años más joven que ella. Un cazadotes descarado, claro; pero ella es dueña de sus actos y se casó con él.

—Debe de ser una situación muy difícil para vosotros.

—¿Difícil? Es endemoniada.

De ese modo, tres días más tarde descendía yo del tren en Styles Saint Mary, una diminuta estación cuya existencia no parecía muy justificada, colocada en medio de los verdes campos. Cavendish me esperaba en el andén y me condujo al coche.

—Todavía tengo un par de gotas de gasolina —indicó—. Gracias a las actividades de mi madre.

El pueblo de Styles Saint Mary estaba situado a unas dos millas de la pequeña estación, y Styles Court se asentaba una milla más allá. Era un día tranquilo y cálido de principios de julio. Contemplando la llanura de Essex, tan verde y quieta bajo el sol de la tarde, parecía casi imposible que una gran guerra siguiera su curso no lejos de allí. Sentí como si me hubiera perdido en otro mundo. Al cruzar la verja de entrada dijo John:

—No sé si te parecerá esto demasiado tranquilo, Hastings.

—Amigo mío, eso es precisamente lo que deseo.

—Es bastante agradable, si te gusta la vida reposada. Yo hago instrucción con los voluntarios dos veces por semana y echo una mano en las fincas. Mi mujer trabaja regularmente en la granja. Se levanta todos los días a las cinco para ordeñar las vacas y sigue las faenas hasta la hora del almuerzo. En conjunto es una buena vida. Si no fuera por ese Alfred Inglethorp —de pronto detuvo el coche y miró su reloj—. No sé si tendremos tiempo de recoger a Cynthia. No, ya habrá salido del hospital.

—¿Tu mujer?

—No, es una protegida de mi madre, hija de una compañera de colegio que se casó con un bribón. El matrimonio fue un rotundo fracaso y la niña quedó huérfana y sin un céntimo. Mi madre la recogió y lleva casi dos años con

nosotros. Trabaja en el hospital de la Cruz Roja de Tadminster, a siete millas de aquí.

Mientras pronunciaba las últimas palabras, nos deteníamos frente a la casa, antigua y hermosa. Una señora vestida con gruesa falda de tweed y que se inclinaba sobre un macizo de flores, se levantó al vernos.

—¿Qué hay, Evie? Éste es nuestro heroico herido. El señor Hastings, la señorita Howard —nos presentó John.

La señorita Howard me estrechó la mano calurosamente, casi me hizo daño. En su cara, quemada por el sol, resaltaban los ojos, profundamente azules. Era una mujer de unos cuarenta años y de agradable aspecto, con voz profunda, algo masculina, y cuerpo fuerte y anguloso. En seguida noté que su conversación era cortada, al estilo telegráfico.

—Los hierbajos se propagan como el fuego. Imposible librarse de ellos. Tendré que reclutarle a usted, tenga cuidado.

—Le aseguro que me encantará ser útil en algo —respondí.

—No diga eso. Se arrepentirá.

—No seas cínica, Evie —dijo John riendo—. ¿Dónde tomamos el té, dentro o fuera?

—Fuera. Demasiado buen tiempo para encerrarse en casa.

—Pues ven, ya has trabajado bastante en el jardín. El labrador se ha ganado su jornal. Anda, ven a refrescarte.

—Bueno —dijo la señorita Howard, quitándose los guantes de jardinero—. Creo que esta vez estoy de acuerdo contigo.

Nos condujo al lugar donde estaba dispuesto el té bajo la sombra de un gran sicomoro.

Una figura femenina se levantó de una de las sillas de mimbre y avanzó unos pasos para recibirnos.

—Mi mujer, Hastings —nos presentó John.

Nunca olvidaré el primer encuentro con Mary Cavendish. Su alta y esbelta silueta recortándose contra la fuerte luz, el fuego dormido que se adivinaba en ella, aunque sólo encontrase expresión en sus maravillosos ojos dorados, su quietud, que insinuaba la existencia de un espíritu indomable dentro de un cuerpo exquisitamente cultivado... todo quedó grabado a fuego en mi memoria. Nunca lo olvidaré.

Me recibió con unas palabras de agradable bienvenida, pronunciadas con voz baja y clara, y me dejé caer en una silla de mimbre, feliz por haber aceptado la invitación de John. La señora Cavendish me sirvió el té y sus tranquilas observaciones fortalecieron mi primera impresión: era una mujer extraordinariamente atractiva. Animado por la viva atención que me demostraba mi anfitriona, les revelé en tono humorístico ciertos incidentes ocurridos en la casa de convalecencia, y me enorgullezco de haber conseguido divertirla. Desde luego, John es muy buen chico, pero su conversación no tiene nada de brillante.

En aquel momento llegó a nosotros, a través de una ventana abierta, una voz que yo recordaba muy bien:

—¿Quedamos, Alfredo, en que escribirás a la princesa después del té? Yo misma escribiré a lady Tadminster para el segundo día. ¿O esperamos a ver lo que dice la princesa? En caso de que se niegue, lady Tadminster podía presidir el primer día y la señora Crosbie el segundo. Y la duquesa la fiesta de la escuela.

Se oyó murmurar una voz masculina y la señora Inglethorp contestó.

—Tienes razón. Después del té. Estás en todo. La puerta de cristales se abrió un poco más y por ella salió al césped una hermosa señora de cabellos blancos, con facciones algo dominantes. La seguía un hombre en actitud obsequiosa.

—Señor Hastings. ¡Qué alegría volver a verle después de tantos años! Querido Alfred, el señor Hastings. Señor Hastings, mi marido.

Miré con cierta curiosidad al «querido Alfred». Desde luego, parecía extranjero. No me extrañó que a John le disgustara su barba: era una de las más largas y negras que había visto en mi vida. Llevaba anteojos con montura de oro y su rostro tenía una impasibilidad extraña. Me pareció que su puesto estaba en las tablas teatrales, pero en la vida real resultaba completamente fuera de lugar. Su voz era profunda y untuosa. Me dio la mano rígidamente, diciendo:

—Encantado, señor Hastings —y volviéndose a su esposa—: Querida Emily, ese cojín está un poco húmedo.

Ella sonrió cariñosamente a su marido, que le cambió el cojín con grandes demostraciones de afecto. Extraño apasionamiento en una señora inteligente como ella.

Con la llegada del señor Inglethorp, una especie de hostilidad velada se adueñó de la reunión. Sobre todo de la señorita Howard, que no se molestó en ocultar sus sentimientos. Sin embargo, la señora Inglethorp no parecía darse cuenta. Su locuacidad no había perdido nada con el transcurso de los años y habló incansablemente, sobre todo de la tómbola que estaba organizando y que tendría lugar muy pronto. De vez en cuando se dirigía a su marido para preguntarle algo relacionado con horarios y fechas. Él no abandonó su actitud vigilante y atenta. Desde el primer momento me disgustó sobremanera; y me ufano de juzgar certeramente a primera vista.

Poco después, la señora Inglethorp se volvió a Evelyn Howard para darle instrucciones sobre unas cartas y su marido se dirigió a mí con su bien timbrada voz:

—¿Es usted militar de carrera, señor Hastings?

—No, antes de la guerra estaba en la Compañía de seguros Lloyd's.

—¿Y volverá usted allí cuando termine la guerra?

—Puede ser. Aunque quizás empiece algo nuevo.

Mary Cavendish se inclinó.

—Si le fuera posible seguir sus inclinaciones, ¿qué profesión escogería usted?

—Depende de ciertas cosas.

—¿No tiene usted una afición secreta? —preguntó—. ¿No se siente atraído por nada? Casi todos lo estamos, con frecuencia por algo absurdo.

—Se reiría usted de mí si se lo dijera.

Mary Cavendish sonrió.

—Quizá.

—Siempre he sentido la secreta ambición de ser detective.

—¿Un auténtico detective de Scotland Yard, o un Sherlock Holmes?

—Sherlock Holmes, por supuesto. Pero hablando en serio, es algo que me atrae enormemente. Conocí en Bélgica a un detective muy famoso, que me entusiasmó por completo. Era maravilloso. Decía siempre que el trabajo de un buen detective es únicamente cuestión de método. Mi sistema está basado en el suyo, aunque, por supuesto, lo he mejorado mucho. Era un hombre muy divertido, un dandy, pero maravillosamente hábil.

—Me gustan las buenas historias policíacas —observó la señorita Howard—. Sin embargo, son un montón de tonterías muchas veces. El criminal, descubierto en el último capítulo. Todo el mundo equivocado. En el crimen real se sabe en seguida.

—Gran número de crímenes han quedado sin aclarar —repliqué.

—No quiero decir la policía, sino la gente que está dentro del crimen. La familia. Ellos no se engañan. Lo saben todo.

—¿Entonces usted cree —dije, divertido—, que si se viera mezclada en un crimen, digamos un asesinato, descubriría usted inmediatamente al asesino?

—Por supuesto que no podría probarlo a los abogados. Pero yo creo que lo sabría. Si se me acercaba el asesino, lo notaría en el aire.

—Podría ser «la» asesina —sugerí.

—Podría. Pero el asesinato es algo violento. Más a menudo es asociado con la idea de un hombre.

—Salvo en caso de veneno —la voz de la señora Cavendish me sobresaltó—. El doctor Bauerstein decía ayer que es muy probable que haya habido innumerables envenenamientos por completo insospechados, debido al desconocimiento que hay de los venenos menos comunes.

—¡Por Dios, Mary, qué conversación tan horrible! —exclamó la señora Inglethorp—. Me estáis poniendo los pelos de punta. ¡Aquí viene Cynthia!

Una muchacha con uniforme de enfermera cruzó rápidamente el césped.

—Cynthia, llegas tarde hoy. Éste es el señor Hastings. Señor Hastings, la señorita Murdoch.

Cynthia Murdoch era una joven de aspecto lozano, llena de vida y de vigor. Se quitó su gorrito y admiré las grandes ondas sueltas de su cabellera rojiza y la brevedad y blancura de la mano que adelantó para coger su taza de té. Con ojos y pestañas negros habría sido una belleza.

Se tumbó en el suelo, al lado de John, y me sonrió cuando le acerqué un plato de sandwiches.

—Síntese aquí en la hierba. Se está mucho mejor.

Me senté, obediente.

—Trabaja usted en Tadminster, ¿verdad?

Cynthia asintió.

—Sí, por mis pecados.

—¿Se portan mal con usted? —pregunté sonriendo.

—¡Que se atrevan! —exclamó Cynthia con dignidad.

—Tengo una prima en un hospital, que les tiene pánico a las enfermeras diplomadas.

—No me extraña. No tiene usted idea de cómo son. Pero yo no soy enfermera, gracias a Dios. Trabajo en el dispensario.

—¿A cuánta gente envenena usted? —dije sonriendo, y Cynthia sonrió también.

—¡A cientos! —dijo.

—Cynthia —llamó la señora Inglethorp—, ¿puedes escribirme unas cartas?

—Desde luego, tía Emily.

Se levantó de un salto y algo en su actitud me recordó que su posición en la casa era subalterna y que la señora Inglethorp, aun siendo tan bondadosa, no le permitía olvidarlo.

Mi anfitriona se volvió hacia mí.

—John le enseñará su cuarto. La comida es a las siete y media. Hemos suprimido la cena, por el momento. Lady Tadminster, la esposa de nuestro diputado, hija del difunto lord Abbotsbury, hace lo mismo. Está de acuerdo conmigo en que somos las personas de nuestra posición las que tenemos que dar ejemplo de austeridad. Aquí seguimos un régimen de guerra; nada se desperdicia, hasta los trozos de papel se recogen y se mandan en sacos.

Expresé mi aprobación y John me condujo a la casa. Subimos la ancha escalera que, bifurcándose a derecha e izquierda, conducía a las dos alas del edificio. Mi cuarto estaba en el ala izquierda y tenía vistas sobre el parque.

John me dejó y unos minutos más tarde lo vi desde mi ventana paseando sosegadamente por la hierba, cogido del brazo de Cynthia Murdoch. Oí la voz de la señora Inglethorp llamando a Cynthia con impaciencia y cómo la muchacha salió corriendo en dirección a la casa. Al mismo tiempo, un hombre surgió de la sombra de un árbol y tomó lentamente la misma dirección. Representaba unos cuarenta años, era muy moreno y su rostro, pulcramente afeitado, tenía una expresión melancólica. Parecía dominado por una emoción violenta. Al pasar miró casualmente hacia mi ventana y lo reconocí, aunque había cambiado mucho en los últimos quince años. Era el hermano menor de John, Lawrence Cavendish. Me pregunté cuál podría ser el motivo de la extraña expresión que sorprendí en su rostro.

Después me olvidé de él y me hundí en mis propios asuntos.

La tarde se deslizó agradablemente y por la noche soñé con la enigmática Mary Cavendish. La mañana amaneció clara y llena de sol y presentí que mi estancia en Styles me iba a ser extraordinariamente grata.

No vi a la señora Cavendish hasta la hora del almuerzo. Entonces me invitó a dar un paseo con ella y pasamos una tarde deliciosa, vagando por los bosques y regresando a casa alrededor de las cinco.

Al entrar en el amplio vestíbulo, John nos hizo seña de que le siguiéramos al salón de fumar. Por la expresión de su rostro comprendí en seguida que algo desagradable había ocurrido. Le seguimos y cerró la puerta detrás de nosotros.

—Escucha, Mary; hay un jaleo horrible. Evie ha discutido con Alfred Inglethorp y se marcha.

—¿Que se marcha Evie?

John asintió, sombrío.

—Sí, fue a ver a mamá y... ¡Aquí viene ella!

La señorita Howard apretaba los labios con obstinación y llevaba una pequeña maleta. Parecía excitada y decidida, ligeramente a la defensiva.

—¡Al menos —estalló— se las cantaré claras!

—Querida Evie —exclamó la señora Cavendish—, no puedo creer que te marches.

La señorita Howard asintió, ceñuda.

—Pues es la verdad. Siento haber dicho a Emily algunas cosas que no perdonará ni olvidará fácilmente. No me importa si mis palabras no han hecho mucho efecto. Probablemente no conseguiré nada. Le dije: «Eres vieja, Emily, y las tonterías de los viejos son las peores. Es veinte años más

joven que tú y tú te engañas respecto al motivo de su matrimonio: Dinero. No le des demasiado. La mujer del granjero Raikes es joven y guapa. Pregunta a tu querido Alfred cuánto tiempo pasa en su casa.» Emily se enfadó mucho. ¡Natural! Y yo continué: «Te lo advierto, si te gusta como si no te gusta: ese hombre te matará mientras duermes, en un decir ¡Jesús! Es un mal bicho. Puedes decirme lo que quieras, pero recuerda que te he avisado. ¡Es un mal bicho!»

—¿Y qué dijo ella?

La señorita Howard hizo una mueca muy expresiva.

—«Mi queridísimo Alfred, mi pobrecito Alfred, calumnias viles, mentiras ruines, horrible mujer, acusar a su querido esposo...» Cuanto antes deje esta casa, mejor. De modo que me marcho.

—¿Pero ahora mismo?

—En este mismo momento.

Durante unos instantes nos quedamos contemplándola. Finalmente, John Cavendish, viendo que sus argumentos no tenían éxito, fue a consultar el horario de trenes. Su mujer le siguió, murmurando que sería mejor convencer a la señora Inglethorp de que recapacitara.

Al quedarnos solos, la expresión de la señorita Howard se transformó. Se inclinó hacia mí ansiosamente.

—Señor Hastings, usted es una buena persona. ¿Puedo confiar en usted?

Me sobresalté ligeramente. Posó su mano en mi brazo y su voz se convirtió en un susurro.

—Cuide de ella, señor Hastings. ¡Mi pobre Emily! Son una manada de tiburones, todos ellos. Bien sé lo que me digo. Todos están a la cuarta

pregunta y la acosan con peticiones de dinero. La he protegido todo lo que he podido. Ahora que les dejo el campo libre, se impondrán.

—Naturalmente, señorita Howard —dije—. Haré todo lo que esté en mi mano, pero tranquilícese, está usted muy nerviosa.

Me interrumpió, amenazándome con el índice.

—Joven, créame. He vivido más que usted. Sólo le pido que tenga los ojos bien abiertos. Verá luego si tengo razón.

El ruido del motor del coche nos llegó a través de la ventana abierta y la señorita Howard se levantó, encaminándose hacia la puerta. John llamó desde fuera con la mano en la portezuela del coche. Evie me miró por encima del hombro y me hizo una seña.

—Y sobre todo, señor Hastings, vigile a ese demonio de marido.

No hubo tiempo para hablar más. La señorita Howard desapareció entre un coro de protestas y adioses. Los Inglethorp no se presentaron para la despedida.

Mientras el coche desaparecía, la señora Cavendish se separó súbitamente del grupo y avanzó hacia el césped, saliendo al encuentro de un hombre alto, con barba, que evidentemente venía de la casa. Sus mejillas se colorearon al darle la mano.

—¿Quién es éste? —pregunté con tono seco, porque instintivamente me disgustó aquel hombre.

—Es el doctor Bauerstein —contestó John brevemente.

—Y quién es el doctor Bauerstein?

—Está en el pueblo haciendo una cura de reposo, después de haber sufrido un grave desequilibrio nervioso. Es un especialista de Londres, hombre muy inteligente; uno de los mejores especialistas en toxicología, según creo.

—Y es muy amigo de Mary —apuntó Cynthia, incorregible.

John Cavendish frunció el ceño y cambió de tema.

—Vamos a dar un paseo, Hastings. Todo este asunto ha sido muy desagradable. Siempre ha tenido la lengua muy suelta, pero no hay en toda Inglaterra amiga más fiel que Evelyn Howard.

Tomó el camino que cruzaba el bosque y nos dirigimos hacia el pueblo.

De regreso, al cruzar una de las verjas, una bonita joven de belleza gitana que venía en dirección opuesta nos hizo una inclinación y sonrió afectuosamente.

—Qué guapa es esa chica —observé.

La cara de John se endureció.

—Es la señora Raikes.

—¿La que dijo la señorita Howard que...?

—La misma —dijo John, con una brusquedad que me pareció innecesaria.

Comparé mentalmente a la anciana señora de la casa con la vehemente y picaresca joven que acababa de sonreírnos y el presentimiento de que algo malo se avecinaba me estremeció. Sacudí mis pensamientos y dije:

—¡Styles es maravilloso!

John asintió, con voz sombría.